

LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LAS MUJERES EN EL ANTIGUO RÉGIMEN: LOS ARQUETIPOS SEXISTAS

M^a Victoria López-Cordón

I. Introducción

Con la precisión del lenguaje que caracteriza a los hombres de leyes, las obras dirigidas a magistrados, abogados o estudiantes de derecho que se publican en el siglo XVIII inician el contenido de sus materias con una clara y sucinta definición del concepto de persona, como sujeto activo de una relación jurídica: "persona es el hombre considerado en su estado", escribe Jordán de Asso, para precisar inmediatamente que *estado* es "la condición o la manera en que los hombres viven o están".⁽¹⁾ Y como estas situaciones pueden ser muchas, intenta de alguna forma delimitar la variedad en su origen, según provenga de la naturaleza o de la propia voluntad individual, dividiendo, de acuerdo con ello, el estado de los hombres en *natural* y *civil*. El primero "hace a los nacidos varones y hembras", y estando en mayor grado la prudencia en aquéllos, nace de aquí la "mejor condición de éstas en muchas cosas", desarrollando en su explicación el jurista una relación directa entre género y fuerzas físicas no exenta de paradojas, ya que es a causa de la mayor debilidad de la naturaleza de las mujeres, de lo que se deduce la mejor condición de los hombres para las actividades menos mecánicas de la sociedad del momento, como son la representación y el ejercicio de la autoridad doméstica y el desempeño de los empleos y oficios públicos, o la actividad intelectual. La precisión no es ociosa ya que, en concordancia con todo

¹.- I. JORDAN DE ASSO, *Instituciones del derecho civil de Castilla*, Madrid, 1792, lib. I, tit. I, p. 1.

ello, se regulan todos aquellos asuntos que se consideran dependientes de este *orden natural*, como son las obligaciones del padre y la madre, la mayoría de edad o la tutela.

Según el *estado civil*, las divisiones son mucho más numerosas: en el plano político pueden ser *naturales o extranjeros*; *nobles o plebeyos*, *legos o eclesiásticos*, de acuerdo con la división estamental y, *casados o solteros*, si se consideran en *estado de familia*. Pese a su fecha tardía, el texto nos sigue remitiendo a una sociedad jerarquizada en la que la existencia de estados, entendidos como monarquías, no impedía que este mismo concepto se siguiese empleando en relación con la estructura del cuerpo social. Y que, en definitiva, el nuevo diccionario de la Academia hacía suyo al incorporar, casi sin modificaciones, la acepción que de este término diera Covarrubias en el siglo XVII: "En la república hay diversos estados, unos seglares y otros eclesiásticos ... Cada uno en su estado y modo de vivir, tiene orden y límite".(2) *Orden*, es decir, posición, lugar previamente determinado, y también mandato, regla, concierto... *Límite*, que resulta ser el lindero que define las posesiones, el término, la barrera... Orden y límite, esos son los extremos concretos que encierran la condición de mujer en un tiempo determinada.

De acuerdo con ellos, ser mujer es una forma concreta de ser persona, y de no poder llegar a ser hombre cabal, ni física ni moralmente, pero lo que me interesa destacar no es tanto la formulación unitaria, como las variaciones y graduaciones, que aparecen según el tiempo y el lugar, así como las raíces de su justificación intelectual. Y para conocerlo, medir su alcance y delimitar un horizonte demasiado amplio, una vía puede ser "empezar describiendo los rasgos diferenciales que identifican al género en una sociedad concreta y los paradigmas, morales y simbólicos, que le sirven de referencia".(3) Las fuentes normativas y doctrinales, las

2.- D. de COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Madrid, 1611.

3.- Los rasgos diferenciales aparentemente son pocos, aunque significativos: Mujer es, nos dice Covarrubias, "la persona hembra", y también la "casada con relación al marido". Aunque la descripción etimológica matiza bastante esta definición, ya que siguiendo a San Isidoro, la contraposición hombre / mujer, *vir / mulier*, que remite a los términos *virtus* y *mollities*, se asimila en la práctica a lo largo de la Edad Media a la dualidad sensualidad / razón. La etimología del calificativo femenino tampoco resultaba demasiado positiva, ya que si mujer significaba flaqueza moral, la voz femina que algunos entendían como delicadeza o debilidad, otros la relacionaban con la falta de fidelidad o de fe. Más tarde, el Diccionario de la Real Academia, añadirá nuevas acepciones tanto físicas como

propiamente literarias, cuya lectura e interpretación es siempre más compleja,⁴ y los modos de representación, son elementos indiscutibles de referencia para llegar a comprender, de acuerdo con la imagen calderoniana del mundo como un gran teatro, los papeles que habitualmente desempeñaron las actrices y las reglas de su juego, teniendo en cuenta que, en la vida como en el escenario, es frecuente que se simultaneen varios, y que el travestismo es una norma aceptada. Para poder conocerlos, hay que hacer primero un padrón, un recuento en términos de *dramatis personae*, al estilo, esta vez, de la comedia nueva, en que aparezcan caracteres, no individuos determinados. E intentar realizarlo, siguiendo del modo más escrupuloso posible las exigencias de la crítica histórica y tratando de diferenciar en primer lugar, los rasgos permanentes de los transitorios, el patrón fijo y los elementos nuevos, si los hay, mi primer objetivo. Las imágenes así obtenidas son complejas y difíciles de reproducir porque son espejismos que regulan fluidos variables y proteicos y que no pretenden reflejar la realidad, sino violentarla.

Por ello, si dejamos a un lado el estudio de lo que realmente sucedió, y nos interesamos en un tema tan concreto y apasionante como el de la manipulación de la memoria histórica, no podemos conformarnos con analizar las concepciones que sobre la mujer, los sexos, su capacidad y función, estuvieron vigentes en una determinada sociedad, o cuál fue el contexto social y económico en que se generaron, sino que debemos intentar conocer, en primer lugar, cuáles fueron las fuentes, o los textos antiguos, en los que se inspiraron estas concepciones, por qué mantuvieron su vigencia, o por qué la recobraron y si, en algún caso, fue durante los siglos modernos cuando por primera vez aciertas propuestas se utilizaron. Verdaderas o falsas,

morales y entenderá *mujer* como "la persona de sexo femenino que ha llegado a la pubertad" y también como la que "muestra disposición y diligencia para el gobierno y desempeño de los quehaceres domésticos". De la consideración biológica, *hembra*, a la funcional, se cumple un interesante ciclo semántico en el transcurso del cual la contraposición de valores y cualidades respecto al varón juega un papel fundamental.

⁴.- M.V. LOPEZ-CORDON, "La literatura religiosa y moral como conformadora de la mentalidad femenina", en *La mujer en la Historia de España (siglos XVI-XX)*, Madrid, 1984, p. 59 y ss. Sobre estos problemas, L.S. VYGOTSKI, *Pensamiento y lenguaje*, Buenos Aires, 1973; y V. TURNER, *El bosque de los símbolos*, Madrid, 1980. Una interesante crítica de las teorías de este autor para el análisis de la hagiografía bajomedieval en C.W. BYNUM, "Women's Stories, Women's Symbols", en *Anthropology and the Study of Religion*, Chicago, 1984, p. 105 y ss.

interesadas o casuales, las ideas en ellos contenidas, materializadas en primer lugar en modelos abstractos, pasaron a conformar otro tipo distinto de textos, que sirvieron a los moralistas y eruditos para construir con ellos los usos concretos que fueron tejiendo la historia diferenciada de lo masculino y lo femenino, que juega un papel fundamental en el desarrollo de nuestra cultura y que constituye una perspectiva real y simbólica de la que no se puede prescindir.

II. Las fuentes

Ahora bien, ¿qué textos pueden considerarse importantes para el estudio de estas cuestiones? En mi opinión, sólo aquéllos que han servido de puntos de referencia para períodos posteriores, a los que se vuelve siempre para fundamentar o contradecir una afirmación, y cuyo general reconocimiento en buena medida está cimentada en la amplitud de su difusión. Obras cuya importancia estriba no en su mensaje literal, sino precisamente en sus posibilidades interpretativas y que más que reflejar un pasado real, han servido de inspiración a nuevas ideas, o han sabido representar elementos concretos de caracterización personal. La mayoría tienen un origen remoto, y por eso mismo son testimonio fehaciente de autoridad. Otras, algo más cercanas en el tiempo, se crearon para materializar en la historia los modelos abstractos de referencia. En una sociedad compleja o si se prefiere cerrada, como la del Antiguo Régimen, la personificación de lo abstracto es un exigencia sustancial del horizonte cultural. No gustan las generalizaciones y, por ello, las cualidades, las virtudes o los vicios, se representan siempre con figuras humanas. Y es en este contexto donde el estudio de los caracteres, como modo peculiar de ser encarnado en prototipos concretos, cobra una especial significación, tanto por su larga vigencia temporal, como por su facilidad de comprensión. No olvidemos que, ni la educación, ni la predicación, ni el teatro, los medios de comunicación de la época, buscan solo informar o convencer, sino establecer una comunicación más participativa que solo puede lograrse con la fuerza del ejemplo. Por eso, antes de hacer una crítica textual, material o apriorística, o de generalizar los elementos comunes de esta representación, hay que destacar la significación que tiene en sí mismo utilizar una parte fundamental de la retórica antigua como un arte dirigido a discernir los medios de persuasión más adecuados, capaz como ninguno de ayudar a presentar las pruebas de lo verdadero de la manera más clara. Los argumentos por sí mismos, bien aplicados, tenían casi siempre fuerza suficiente para producir confianza, sobre todo si el que los empleaba se encontraba revestido de autoridad por

algún concepto, por lo que la cuestión no es tanto examinar las formas de los entinemas, ni el contenido deliberativo, demostrativo o jurídico de la pieza retórica en sí, sino conocer en qué medida el ejemplo antiguo modela al moderno o la autoridad se usa por la autoridad y si, cuando se modifica o se crea una figura, un concepto, o un lugar común nuevo, el continente presiona sobre el contenido hasta trasformarlo completamente.(5)

Por razones didácticas, diríamos con palabras de hoy, publicistas y teólogos prefirieron siempre utilizar personajes de un solo trazo, que se elegían cuidadosamente en función de lo que consideraban más útil para la consecución de su objetivo, o el ejercicio de su misión. ¿Y dónde podían buscar mejor prototipos de fácil identificación, capaces de inspirar y sugerir, de estar definidos y, a la vez, de ser moldeables, que en su propio acervo cultural? Aunque a veces sus rasgos se confundan, el origen y la tradición es doble y hunde sus raíces tanto en la mitología clásica como en la Sagrada Escritura. En ellas se fundamentan géneros literarios de gran desarrollo en la edad moderna, como el hagiográfico o el pedagógico, y sobre ellos se proyectan las fantasías, o las utopías de la época.

La pervivencia de las fuentes clásicas a través de leyendas y narraciones que ponen en escena personalidades destacadas, de especial significación moral o cósmica, se acentúa notoriamente desde el siglo XVI, gracias a la imprenta y al gusto por la antigüedad, que hace que se siga recurriendo a Menandro o Teofrasto, a las Fábulas o a los mitos, como fuente de inspiración, o se tomen ejemplos de autores latinos más recientes. Sin olvidar que, en muchos casos, los primeros escritores cristianos proporcionaron abundante información sobre los mitos paganos, como es el caso de San Agustín o de Clemente de Alejandría. Tito Livio, Cornelio Tácito y Suetonio entre los autores latinos, Plutarco y, sobre todo Ovidio, son los autores cuyas obras considera "utilísimas" Palomino como fuente de inspiración, que podían completarse con el recurso a algunos autores modernos como Núñez de Cepeda, Saavedra, o Aguilar y el padre Victoria, cuyo *Teatro de los dioses*, corona un período.(6) La relación de mujeres que aparecen en estas fuentes es sorprendentemente amplia y en ella se incluyen tanto

⁵- J. CARO BAROJA, *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y caracter en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1978. Las ricas sugerencias de esta obra, especialmente en sus capítulos 1 y 3, han sido especialmente tenidas en cuenta por la autora.

⁶- A. PALOMINO DE CASTRO, *El Museo Pictórico y escala óptica (1715)*, edic. Madrid, 1947, cap. III, p. 650.

deidades como heroínas que representan narraciones etiológicas o que dan vida a abstracciones morales, del tipo de la Paz (Irene), la Discordia (Eride), la Locura (Moriae) o las Furias (Erinias), siempre definidas en función de su modo de ser.

Pero por importante que fuera la tradición clásica, o el impacto del naciente humanismo, nada es comparable a la influencia abrumadora que en una sociedad confesional debían ejercer los textos sagrados. Sobre ellos se habla, se escribe y se medita, y basta un somero análisis de la producción editorial y de las bibliotecas de la época para entender su peso formativo fundamental, aunque sus efectos van mucho más allá de lo que pueden indicar estos limitados medios de comunicación. En el caso español, los índices de materias de la famosa *Biblioteca Hispana Nova* de Nicolás Antonio, que recoge la producción literaria peninsular comprendida entre 1500 y 1670, y que tan acertadamente comenta Caro Baroja, es en muchos sentidos revelador del carácter medular de estos textos en la gestación de otros nuevos⁷. Sobre el Antiguo Testamento tratan nada menos que 425 autores, frente a los 159 que escribieron sobre el Nuevo y, entre ellos, cinco escogieron el libro de Rut, cuatro el de Judit, y dos el de Ester, es decir, tan solo once dedicaron su atención al estudio de los personajes femeninos de la Biblia. Sobre la Virgen escribieron nada menos que 507, pero no hay que engañarse: en este caso se trata de un ideal, no de un carácter, ya que la acumulación de virtudes impide una auténtica personificación de los rasgos humanos. Marta y María son, sin duda, los personajes femeninos más aludidos y mejor definidos de los Evangelios, pero con todo, y a pesar de suscitar un número mucho menor de comentarios, el Antiguo Testamento prevaleció a la hora de conformar prototipos femeninos, debido, sin duda, a su mayor fuerza expresiva, y pese a que, en algunos casos, sus rasgos conformadores se avienen difícilmente con las virtudes cristianas. La nómina, que sin duda es modesta, resulta bien definida en términos individuales y presenta en algunos casos una evidente relación con los modelos de la literatura profana, por identificación o yuxtaposición.

7.- CARO BAROJA, *Las formas complejas de la vida religiosa*, pp. 603 y ss. El autor llama la atención no solo sobre la proporción entre lo religioso, en un sentido amplio, con 5845 autores (4306 de materias teológicas propiamente dichas a las que hay que añadir 1529 obras más de carácter normativo o pastoral), y lo profano, con 5450 autores, sino sobre los numerosos intérpretes de las Sagradas Escrituras que figuran en la relación, que alcanzan un total de 584 y que constituyen el grupo más numeroso.

Posteriormente, la multiplicación de relatos piadosos dirigidos a robustecer la piedad de los fieles fue creando otras fuentes de referencia. Aparecieron así colecciones de biografías en las que lo heroico y lo milagroso jugaban un papel especial, algunas de las cuales circularon por toda la Cristiandad, y se convirtieron en verdaderos textos abiertos. Uno de los más conocidos fue *La leyenda dorada* de J. de la Voragine, traducido ya al romance en el siglo XV, que conoció ediciones en todas las lenguas e inspiró la mayoría de las obras posteriores. La crisis luterana y, sobre todo, Trento, reforzaron el género, que adquirió unas características propias y mayor sistematización, alcanzando un auge considerable en los países católicos entre los siglos XVI y XVIII.(8) En el ámbito de la Monarquía española, algunas de estas colecciones de vidas de santos, gozaron de especial aceptación, multiplicándose los títulos y las ediciones. Este fue el caso de las de Padilla (1538), Baltanas (1555), Alonso de Villegas (1565), Pedro de Vega (1572), Santoro (1580), Marieta (1596), Rivadeneyra (1599) y Lozano (1619), todas ellas intituladas *Flos*, *Historias*, *Loores*, o *Vidas* de santos y santas. La más popular en su momento fue, sin duda, las de Villegas, que todavía se leía a finales del siglo XVIII, aunque las más célebrada fue la divulgadísima *Flos Sanctorum* de Pedro de Ribadeneyra, aparecida en 1599 y reimpresa hasta mucho más tarde.(9) Obra importante, aunque diferente, fue la *Varia historia de santas e ilustres mujeres* de Juan Pérez de Moya, publicada en 1583 y dedicada a la Emperatriz María. Clasifica las santas según su estado y ofrece la novedad de introducir ejemplos recientes de santidad, algunos muy notables, por lo ilustre de los apellidos, y otros anónimos, algo que también haría el P. Ribadeneyra y sus continuadores más notables como el P. Nieremberg y el P. García.(10) Versiones militantes, pero cultas, rechazan muchos

⁸.- Sobre estas cuestiones R. GREGOIRE, *Manuales di agiologia. Introduzione alla letteratura agiografica*, Fabriano, 1987, especialmente pp. 282 y ss., dedicadas a la tipología de la mujer.

⁹.- A. de VILLEGAS, *Flos sanctorum*, Barcelona, 1788. La de Ribadeneyra fue estudiada, aunque no editada, por D. Vicente de la Fuente en la B.A.E., t. LX. Sobre sus diversas ediciones CARO BAROJA, *op. cit.*, p. 79.

¹⁰.- Sólo en el ámbito de la Monarquía española, Nicolás Antonio recoge un total de 576 autores que se dedicaron a ello, de los cuales 137 escribieron sobre mujeres. Leyendas, panegíricos, historias locales o crónicas de órdenes religiosas, componen el conjunto de esta producción, cuyo peso fue muy superior al que podamos obtener de cualquier inventario, porque las bibliotecas sólo recogen una pequeña parte, la más digna en términos literarios, de la producción existente (*Bibliotheca Hispana Nova*, Madrid, 1783, t. II).

excesos e incluso ponen en entredicho algunas tradiciones piadosas, que no por eso dejaron de propagarse, tanto a través de la literatura de cordel, que gustaba tanto de lo melodramático, como de las denominadas comedias de santos.

Punto de encuentro entre la Teología y la historiografía, desde 1643 la hagiografía se convirtió en objeto exclusivo de la investigación de una ilustre escuela católica, la Sociedad Historiográfica de los Bollandistas, cuyas *Acta Sanctorum* se convirtieron en la versión oficiosa y de mayor fidelidad de las leyendas y de los milagros que circulaban hasta entonces. La Compañía de Jesús fue una pieza muy importante en este proceso, tanto por el papel que en él desempeñaron Bollandus y sus discípulos, como por la red de información que establecieron en todos los países, utilizando los cauces de la orden.⁽¹¹⁾ Gracias a su esfuerzo el Calendario litúrgico quedó definitivamente formado, se fijó el santoral para todo el mundo católico, y se establecieron unos criterios de preferencia, en los que la antigüedad del santo jugaba un papel primordial. También se incluyó en los relatos el lugar del culto y la fecha aproximada de la muerte, si ello era posible, así como referencias críticas sobre la documentación histórica o las leyendas que avalaban la fiabilidad de los contenidos. Hasta 1770, en que se suprimió la Compañía, la labor desarrollada fue, sin duda, fundamental aunque su carácter erudito restó fuerza a su difusión, tal y como ocurrió en España, donde la Inquisición prohibió en 1695 las *Acta Sanctorum*.⁽¹²⁾

La publicación del célebre *Año Cristiano* de Croisset resolvió este problema. Traducido al castellano en 1753 por el P. Isla, el éxito y las continuas ediciones de esta obra divulgaron ampliamente no solo el calendario litúrgico sino las biografías de los santos allí recogidas. Con la peculiaridad de constituirse en una obra viva, ya que cada traductor, o cada editor, solía enriquecerla con la historia de los santos propios de cada país, o con la incorporación de algunos otros de beatificación más reciente: así ocurrió en las ediciones de Centeno,

¹¹. - Sobre los bolandistas, H. DELEHAYE, *L'oeuvre des Bollandistes, 1615-1915*, Bruselas, 1959 y P. PETERS, *L'oeuvre des Bollandistes*, Bruselas, 1961.

¹². - Ello fue debido a la presión de los carmelitas, cuyo patrón, Elías, fue puesto en duda. Sobre este debate P. SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmelo Descalzo*, Burgos, 1943.

Rojas y Caparros, en las que santos españoles sustituyeron a otros poco conocidos, o de menor alcance y devoción.¹³)

Fruto sin duda de la influencia de los antiguos, la célebre obra *De claris mulieribus* de Bocaccio, sirvió de punto de arranque de la biografía laica femenina y dió lugar a constantes imitaciones. La sustitución de la épica legendaria por los relatos sobre *foeminae gloriosae*, no resolvió, sin embargo, la confusión entre lo histórico y lo pedagógico, aunque la relación entre el *exemplum* y el modelo biográfico sera más flexible en este ámbito que en el religioso. La diferencia, sin embargo, no es tanta, si tenemos en cuenta que, durante la edad moderna, lo que más se desarrolló fue un género que podríamos considerar mixto, que combinaba elementos seculares y cristianos y que estaba dedicado a la lectura o a la instrucción de los príncipes y la nobleza. Dentro de él tuvo cabida como capítulo propio una pedagogía específica para las mujeres, que alcanzó gran desarrollo a finales de la Edad Media, con obras como las de D. Juan Manuel, D. Alvaro de Luna, Rodríguez del Padrón, Diego Valera o Francesc Eiximenis, el autor del *Llibre de les dones*, traducido al castellano por encargo de Isabel de Castilla en 1492 e impreso en época de Carlos I con el título de *Carro de las Donas*; la de Enrique de Villena, *Los doce trabajos de Hércules*, la de Diego de Varela, *Tratado en defensa de virtuosas mugeres*, y sobre todo, la de Fray Martín de Córdoba, titulada *El jardín de las nobles doncellas*, la más conocida, que no la única obra de este autor. Estos precedentes y la influencia posterior de Erasmo, en sus *Coloquios* o en el tratado sobre *El matrimonio cristiano*, hicieron que en el siglo XVI se escribieran en castellano algunas de las obras más significativas sobre la educación de las mujeres, desde la famosísima de Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*, a los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luxán, la *Saludable instrucción del estado de matrimonio* de Vicente de Mexía, o *La perfecta casada* de Fray Luis de León. Haciendo mayor hincapié en personajes concretos, las obras de Juan de la Cerda, en su *Libro intitulado vida política de todos los estados de mujeres*, Alonso de Andrada con el *Libro de la guía e imitación de Nuestra Señora*, Pérez

¹³.- Su difusión no se vió libre de polémica, como recoge LA FUENTE, *op. cit.*, p. XVII. Edición utilizada: *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año ... traducido al castellano por el P. José Francisco e Isla...y adicionado con las vidas y festividades de los santos nacionales y extranjeros que celebra España, puestos en sus respectivos lugares y la traducción de las epistolas e evangelios que suprimió el P. Isla por los rev. PP. Fray Pedro Centeno y Fray Juan Fernández de Rojas de la O. de san Agustín*, Madrid, 1868, 12 vols.

de Moya y Juan de Mora, autores respectivos de *Varias historias de santas e ilustres mujeres* y de unos *Discursos morales*, completan esta nómina.⁽¹⁴⁾ Mención aparte merecen los *Desengaños de la Corte y mujeres valerosas*,⁽¹⁵⁾ que fueron mucho menos conocidos, pero tienen el mérito de expresar puntos de vista bastante originales, sin duda por estar escritos por una mujer, Doña María de Guevara. La relación es, sin duda, mucho más amplia pero estos títulos son sin duda los más difundidos tanto en su momento como en épocas posteriores.

III. Los prototipos

Pero abandonemos las fuentes y descendamos hacia la segunda fase del proceso, la de determinación de figuras. Durante los siglos modernos provienen, tal y como se ha señalado, de las Sagradas Escrituras o de literatura clásica, y todas ellas son utilizadas indistintamente por los escritores sagrados y profanos, para caracterizar valores morales o estados anímicos, y ejemplarizar situaciones concretas en que las personas se enfrentan a una gran prueba, espiritual o material. Se usan a discrección, lo cual quiere decir que, en términos generales, resultan tan familiares para los autores como perfectamente comprensibles para el público, tanto iletrado como culto.⁽¹⁶⁾ Las identificaciones que ofrecen las fuentes antiguas presentan además una doble ventaja, ya que lo son tanto de oficio como de carácter. Es decir, en ellas un rey, es siempre un rey; y un pastor y un mercader, y lo mismo ocurre con la reina, la matrona o la hechicera, ya trascurra su vida en el Olimpo, en el tiempos de los profetas, de los emperadores romanos o de Felipe II, y se disfrace unas veces de Semiramis o Dido, o de Artemis, de Melisa, de Lucrecia o de Inés. Aunque, a veces, la evolución del personaje se revela contra esta sujeción y surgen nuevos modelos, que se intentan equiparar, ajustar, o reducir el caso antiguo, de un modo forzado y deformante, pero nunca casual. Cuando, en ocasiones, un autor, a pesar de su erudición,

¹⁴.- Un estudio del contenido de muchas de estas obras puede encontrarse en la obra de M. VIGIL, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1986.

¹⁵.- *Desengaño de la Corte y mujeres valerosas compuesto por un autor moderno de poca experiencia y gran celo*, Madrid, 1664.

¹⁶.- "Y porque los prácticos ejemplos son más aptos para enseñar y más perceptibles a los menos literatos, que los documentos y reglas generales", escribe PALOMINO, *op. cit.*, cap. V, p. 653.

se encuentra sin antecedentes para identificar el presente, incurre en perplejidades y cavilaciones que incluso dan lugar a polémicas violentísimas, entre quienes se atreven a dar corporalidad a novedades significativas y los que dicen que no hay, o que nada debe haber, nuevo bajo el sol.

La mujer que encarna *la fuerza de la naturaleza*, fecunda y poderosa, aunque no maternal; la que representa *la belleza*, y la que encarna la atracción de lo *inalcanzable*, son desde siempre, las tres ficciones masculinas que desencadenan tragedias. Cuando se utilizan a la manera mitológica, el predominio de unas representaciones sobre otras se convierte en el único signo de temporalidad que podemos detectar. Es bien conocido que con el Renacimiento irrumpe el gusto por Artemisa (o por Diana), pero se sigue prefiriendo a Deméter, Hera o Cibeles, frente a Atenea (o Minerva), o Perséfone (o Proserpina), cuyos atributos intelectuales siempre desconciertan. A Minerva o Palas siempre se la consideró tan sabia que "sobró a todos los de su tiempo", y que fue "perpetuamente virgen", aunque desde el siglo XV se destaquen sobre todo sus habilidades prácticas: "por ésta fue fallado el artificio de la lana; ella busco arte para la limpiar; ésta fue la primera que la puso en rueca e que primera puso paño en telar".⁽¹⁷⁾ A pesar de las diatribas morales, la admiración por Afrodita (o por Venus) se mantuvo constante, aunque, también en este caso, las interpretaciones fuesen variadas.⁽¹⁸⁾ Con ellas se funden conceptos abstractos, como la fecundidad, la tierra, el amor, la libertad, que se manifiestan a través de *la matrona imponente, más justiciera que tierna, la cortesana caprichosa y la virgen también hermosa, unas veces prudente y otras huidiza y vengadora*. La valoración de estos personajes femeninos y de las historias que protagonizan puede variar, pero en cualquier caso, los caracteres están dibujados con precisión y firmeza y ofrecen pocas dudas respecto a su identificación posterior. Diosas y magas son mujeres poderosas, pero humanas, y quizás por ello, sus pasiones grandiosas, ya sean éstas el amor, los celos o la ira, no están exentas de grandes contrariedades. Junto a ellas, las heroínas mortales que han pasado a la historia, sin significación moral ni cósmica determinada,

¹⁷.- Diego de VALERA, *Tratado en defensa de vistuosas mujeres*, en B.A.E., vol. CXVI, p. 66.

¹⁸.- Escribe Fray Luis de León: "Cuenta Plutarco, que Fidias, escultor noble hizo a los elienses una imagen de Venus que afirmaba sus pies sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha; dando a entender que, "las mujeres por la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio". (*La perfecta casada*, en B.A.E., t. XXVII, p. 239).

resulta que saben afrontar el destino con la dignidad de quien acepta lo irrevocable y alcanzan, gracias al sacrificio, la inmortalidad de la fama. Se prefieren, sobre todo, personajes que destacan tanto por su heroísmo como por su noble origen, ya se llamen Alceste, y sean ejemplos de amor conyugal, o como Medea o Circe, intermediarias de fuerzas ocultas. Lucrecia, la romana virtuosa incapaz de soportar la más pequeña mancha en su honor; Eufrosia, identificada por su amor filial, o Cornelia, la célebre hija de Escipión y orgullosa madre de los Gracos, despiertan sin duda admiración, pero al quedar identificadas por su comportamiento extraordinario y no por sus rasgos, resultan quizás menos contradictorias, pero no más imitables que las diosas y siguen estando todavía demasiado lejanas.⁽¹⁹⁾ Unas y otras son, sin duda, personalidades fuertes, en las que la representación anula la actriz y que tienen muchas veces, como corresponde a su condición de paganas una significación moral ambivalente.⁽²⁰⁾ Por ello, los intermediarios mediocres que las utilizan se muestran proclives a convertir en desmesura el profundo análisis psicológico que da vida al modelo original, convirtiendo la obsesión en capricho. Caracterizaciones individuales, en su mayoría, pero también colectivas, como las de las Amazonas, las troyanas y las sabinas, que se funden con la historia de algunos pueblos y que son objeto constante de imitaciones.

Ya mencionamos al hablar de las fuentes, que las figuras bíblicas se prestan mejor a convertirse en paradigmas: *el de las esposas y reinas prudentes*, como Rut, Ester, Raquel o Micol y, en otro plano, Noemí y Rebeca; y el de *las mujeres decididas*, diremos más adelante, *viriles*, como Débora, la profetisa libertadora del pueblo de Dios, cuya historia recoge el libro de los Jueces, o la bella Judit, la vencedora del malvado Holofernes, cuyo valor no se forja en la venganza, al modo de las paganas, sino en el servicio de una causa. De la Biblia, es decir del Antiguo Testamento, pero también de la literatura clásica, se desprenden dos prototipos muy claros: el de la *mujer fuerte*, la matrona romana, emprendedora y activa que gobierna su hacienda, y el de la

¹⁹. - La comparación entre los personajes que aparecen en la obra de Diego de VALERA, *Tratado en defensa de virtuosas mugeres*, y los citados por PEREZ DE MOYA, *Varia historia*, permite comprobar la continuidad de los modelos.

²⁰. - Una significativa relación puede encontrarse en la obra de J.L. VIVES, *Formación de la mujer cristiana* (1523), cap. IV (edic. Madrid, 1947, pp. 997 ss). En ella, y para evitar presentar ejemplos de dudoso valor moral, sostiene que, según algunos autores antiguos, hubo dos Safos, una de dudoso comportamiento y otra "tan grande en erudición como en continencia de vida".

mujer héroe, la fémina emprendedora y varonil, o mejor dicho revestida de cualidades varoniles, que compite con los hombres en ingenio y decisión y que, en muchas ocasiones, resulta victoriosa. Tomadas del Nuevo Testamento, Marta y María, son dos figuraciones contrapuestas de especial relevancia en las obras ascéticas y espirituales de la época, cuya caracterización se produce tanto en función de su estado, como por la forma de vida que representan.

No es difícil reducir a prototipos la variada gama de biografías recogidas en los santorales y calentarios, ya que están explícitos en la ordenación de las mismas realizada por los autores. Están en primer lugar *las vírgenes*, cuyo prototipo son santas romanas, como Inés, Cecilia, Agueda, Lucía o Eulalia, y cuya exaltación queda siempre subrayada por el martirio. Doncellas, todas ellas jóvenes y delicadas, vergonzosas y llenas de hermosura que salen al encuentro de enemigos formidables y les vencen moralmente. La piedad es su arma, y también el conjunto de cualidades de que están adornadas: recogimiento, retiro, frugalidad, ocupación, honestidad, modestia y mortificación. La virginidad presupone siempre otras virtudes previas como la humildad, la obediencia, la caridad y una serie de atributos que la hacen más meritoria, como la belleza, la riqueza y el linaje. Modelos de hijas de familia, su actividad siempre tiene relación con su posición social, pero consumen buena parte de su tiempo en acciones benéficas, malgastando en ellas buena parte de su patrimonio. Lo cual no gusta demasiado a sus pretendientes, que casi siempre son la causa de su martirio.

Las casadas representan otra categoría, mucho menos numerosa, en la que el estado civil es la clave diferenciadora de su comportamiento. Tomando por modelo a santa Paula, las mujeres que se santifican en esta situación pertenecen a todas las épocas y a distintas condiciones sociales. Algunas tuvieron la dicha de tener un hijo santo, como Mónica, Juana de Aza o Lucía, madre de San Ildefonso. Otras fueron reinas como Cunegunda, Catalina de Suecia, Margarita de Escocia, Blanca de Castilla, Isabel de Hungría o Isabel de Portugal, o pertenecieron a la gran nobleza, sin que las funciones propias de su categoría impidiesen su comportamiento ejemplar. Ricas o pobres, nobles o plebeyas, en las biografías de estas mujeres cambia más el entorno en que se desarrolla su vida que su trayectoria personal. Cásanse solo por obediencia, sufren duras pruebas como madres y esposas, soportan celos e incluso violencia física de un marido al que finalmente convierten. Añoran la tranquilidad del convento y frecuentemente terminan su vida en él, una vez viudas. En consecuencia con este proceso, las prácticas religiosas se intensifican en cada cambio de estado, así como el rigor de las penitencias y la generosidad de las obras de caridad, aunque nunca se observe un

cambio sustancial en las pautas de comportamiento. Recogimiento interior y desasimiento de los bienes terrenos son aspectos destacados de la ejemplaridad de su vida, así como una lenta pero paulatina afirmación de ciertas virtudes domesticas, desconocidas en los modelos originarios.

Aunque a veces pudiera dudarse, las casadas son las santas laicas por excelencia cuya evolución de la niñez al convento refleja un ciclo de edad que permite reflexionar sobre el tránsito del tiempo y la fugacidad de la vida. Viven insertas en el mundo y conocen sus problemas. Son poderosas, pero obedientes. Ricas, pero caritativas. Cultas, pero sin rehuir el trabajo físico, ya que incluso "labran" con sus manos. Y cumplen siempre con las obligaciones propias de su elevada condición social.

Distinta significación tiene el estado de *las penitentes*, cuyas figuras más características fueron María Magdalena y María Egipcíaca. En los relatos de la vida de la primera confluyen tradiciones diferentes que se aúnan a partir del siglo XVI,⁽²¹⁾ identificando definitivamente este personaje con la hermana de Lázaro y Marta. Ambas eran santas muy populares por el contraste entre su vida de pecado y su penitencia ejemplar, y su ejemplo fue muy utilizado en los sermones de misiones o para fustigar los pecados del mundo. Eran santas de primer grado, que no habían sido canonizadas, cuya vida circulaba en la literatura de cordel, y cuya antigüedad avalaba su categoría en la escala de santidad. "Apóstola de los apóstoles", llama Fray Luis de León a la Magdalena, haciendo alusión al favor con que Cristo siempre la distinguió. Y siendo incluso mas azarosa, si cabe, la vida de la Egipcíaca, recogida en el Apocalipsis, que fue mujer pública y además por deleite, sin embargo también gozó de muy alta consideración. Ambas son prototipos de mujeres fuertes, decididas y capaces de trazar su propio destino, y de vivir en condiciones tan duras que hacen dudar a sus interlocutores varones de su condición mujeril. Quizás por ello sus vidas sirvan más para exhortar al arrepentimiento que para imitar.

Finalmente está el prototipo de *las monjas*, o si se prefiere, de *las fundadoras*, que es el único realmente nuevo. Son, en esencia, santas modernas, cuyo patrón fijaron primero Santa Gertrudis y, más tarde Santa Catalina de Siena, y también el grupo de mayor expansión, porque responden a una forma de vida específica de esa época, al que se ajustan un sinnúmero de biografías de mujeres ilustres que no llegaron

²¹.- Uno de los relatos mas difundidos fue el de Fray Pedro MALON DE CAHIDE, *La conversión de la Magdalena*, cuya primera edición apareció en Alcalá en 1592 (B.A.E., t. XXVII).

a los altares. Como en el caso de Santa Catalina, el origen plebeyo no resultaba un obstáculo para alcanzar puestos de responsabilidad en el interior del convento y desempeñar allí un papel que difícilmente hubiera podido alcanzar en el mundo, y la vida religiosa suponía en muchos casos promoción y cultura e incrementar de manera sensible el radio de las relaciones sociales. Y como las antiguas vestales, algunas de ellas logran ejercer verdadera influencia. Lo sobrenatural se opera en ellas de manera visible, ya que muchas manifiestan signos de predestinación casi desde el nacimiento y tienen visiones místicas, cuando no dotes proféticos desde la más tierna infancia. Vírgenes en su mayoría, hicieron su voto de castidad apenas núbiles y debieron soportar la oposición familiar y obstáculos de todo tipo hasta tomar el hábito. Una vez conseguido, el camino se hacía todavía más pedregoso: penitencias, disciplinas, enfermedades y tentaciones se sucedían acompañadas de todo tipo de manifestaciones de la predilección divina, como levitaciones, éxtasis o estigmas.

En el caso de la monja fundadora el misticismo no impide un derroche de energía dirigido a transformar la vieja orden y a conseguir fundaciones. Son prioras voluntariosas que ponen en orden sus propios conventos y también los ajenos, interviniendo incluso, como hizo Catalina, en los conflictos entre la Iglesia y el poder temporal. Estos y otros rasgos parecidos presentan las biografías oficiales de Santa Teresa, Sor Ana de la Concepción, la Madre María Antonia de Jesús, Sor Melchora de Lima o Santa Juana de Chantal, fundadora de las Salesas, entre otras muchas. Y un importante número de venerables, como la muy conocida María de Jesús de Agreda, célebre por su relación epistolar con Felipe IV.

Las religiosas son todas mujeres alfabetizadas, y frecuentemente cultas, que escriben no solo su propia autobiografía y las reglas de la orden, sino también interesantes piezas de literatura religiosa.⁽²²⁾ Buenas lectoras, frente a lo que ocurre con sus compañeros varones, ocultan cuidadosamente sus fuentes y excusan en el mandato de sus confesores su atrevimiento de escribir. Sus biógrafos les atribuyen casi siempre "ciencia infusa", como si las largas horas de escritorio no fueran suficientes para lograr expresar sobre el papel sus tribulaciones internas. Dentro de este modelo no faltan desde luego las

²².- Una importante relación de estas obras puede encontrarse en la obra de M. SERRANO Y SANZ, *Apuntes para una Biblioteca de escritoras españolas*, edic. Madrid, 1975, 2 vols. Sobre el desarrollo de las autobiografías de mujeres en Cataluña, J. S. AMELANG, "Monjas y beatas en la Cataluña Moderna", en *Historia y género*, ed. J. S. Amelang y M. Nash, Valencia, 1990.

mixtificaciones y los fraudes, como el célebre caso de la estigmatizada monja de Lisboa Sor María de la Visitación. Pero incluso las falsas santas, como las malas sibilas, respetan escrupulosamente el prototipo establecido de mujeres piadosas, cultas y decididas, que alcanzan determinados puestos de responsabilidad, sin llegar a los cuales es más difícil traspasar el umbral de la notoriedad.

Que esta tipología está elaborada sobre los modos de vivir la condición femenina en las distintas situaciones de soltera, casada, viuda o monja está muy claro. La doncella y la matrona dulcifican, a pesar del martirio, sus precedentes clásicos o bíblicos, y la inocencia y la paciencia, que no la independencia o la fortaleza, conforman su carácter. La santa penitente responde bastante bien al modelo de la mujer viril, y la religiosa, el arquetipo nuevo, aunque tiene precedentes, presenta facetas contradictorias en lo que a comportamientos y cualidades se refiere, oscilando las primeras fundadoras hacia el prototipo de la mujer varonil, por su decisión y cualidades intelectuales, y ya en el siglo XVIII, hacia el de la doncella.

IV. Modelos y símbolos

En una sociedad profundamente impregnada de valores religiosos como la española de los siglos modernos es indudable que los ejemplos de vida y de conducta cristiana jugaban un papel fundamental que va más allá del ámbito estricto de la confesionalidad. La Iglesia tutelaba el transcurrir de la existencia individual, del nacimiento a la muerte, la vida colectiva estaba conformada por sus ideas y marcada por sus ritos y ceremonias, y la predicación, el gran medio de comunicación de la época, ayudaba eficazmente a preservar el espacio social de esta influencia. Por eso, aunque las fuentes, los personajes, e incluso su significación, puedan cambiar, según los fines y el público al que se dirijan, a la hora de presentar paradigmas de caracteres femeninos, no existe contradicción entre la conceptualización religiosa y la secular. En uno y en otro, el proceso de formación es también parecido: en primer lugar, las figuras y los mitos se convierten en modelos, pero sin perder su apariencia real, ni cambiar su individualidad concreta, aunque se vayan introduciendo variaciones en la narración que los acerquen a los criterios dominantes del momento. Y sólo después, en función de criterios pedagógicos o consideraciones morales, la propuesta original se rompe en una variedad de casos concretos en los que la localización espaciotemporal apenas disimula la matriz clásica o bíblica original. En este contexto, no es fácil trazar una línea entre lo sagrado y lo profano, ni distinguir con nitidez los

arquetipos de los modelos, ni éstos de los ejemplos concretos que surgen del propio entorno, debido a la constante trasposición de elementos entre unos y otros. Pero mientras que en los primeros lo importante a la hora de ponderar sus historias, no es la autenticidad, sino el valor de su misma existencia y su condición de modelos irrepetibles, de personajes de cualidades o virtudes de reconocida excepcionalidad, capaces de dignificar *per se* al resto de sus congéneres, en los segundos el interés que despiertan radica, sobre todo, en su capacidad de suscitar una mayor identificación del público con su historia y en servir de estímulo a la hora de afrontar calamidades de parecido alcance. Así lo expresa con toda claridad D. José Barcia y Zambrana, canónigo toledano y buen orador, que recomendaba, por su particular eficacia, los sermones panegíricos:

"Según esto ¿qué es predicar en las Fiestas de los Santos, sino subir el predicador a exhortar a los fieles a la imitación de su ejemplo? ... Es mostrar el modo cómo combatió el santo con el demonio, con el mundo, con la carne, para llegar a la inmarcesible corona, y que los fieles aprendan el modo legítimo de pelear, para merecerla. Es señalar las huellas de sus hermosos pasos, mientras el santo vivió, para que corran las almas por ellas al olor de sus ejemplos." (23)

Las caracterizaciones globales, al encarnarse en sujetos concretos, trastornan su vida y producen una mutación radical de sus perfiles biográficos de manera que, sin abandonar su propia identidad personal, viven y se comportan de acuerdo con los precedentes literarios, desorientando con frecuencia al lector de nuestros días que no entiende esta supeditación de la realidad al modelo. Por ello, en las *Relaciones* o *Vidas* escritas en el Barroco, no es fácil diferenciar lo sobrenatural de lo maravilloso, ni separar la inspiración del conocimiento, ni las calamidades temporales de la virtud, sin comprender que el narrador, para evitar tanto la frialdad de los prototipos como la insistencia en problemas y situaciones demasiado concretas, va dotando de dimensión temporal a los modelos abstractos a través de sujetos singulares, que insertos ya en la realidad, son capaces de provocar no solo admiración, sino también devoción y

²³.- J. BARCIA Y ZAMBRANO, *Epístola exhortatoria en orden a que los predicadores evangélicos no priven de su doctrina a las almas en los sermones de fiestas*, Madrid, 1690, p. 15.

deseos de emulación.(24) El propio Vives, en el prólogo de su célebre obra, lo subraya con toda claridad:

"No es posible celebrar las virtudes en abstracto, sin que a su vez se celebren aquellos sus cultivadores anónimos que en las mismas virtudes mucho se aventajaron".(25)

Y por eso aconsejaba que a cada mujer se le brindaran ejemplos apropiados a su estado. Ese fue el gran mérito de los autores antiguos, según Fray Luis de León, que lograron reflejar en sus obras "la imagen viva de lo que a cada una persona y estado convino".(26)

Aunque el mismo Fray Luis, al presentarla como criatura débil y expuesta al peligro, física e intelectualmente inferior, pero capaz de cumplir con una alta misión, contribuyó a erosionar un viejo mito, el de la perversidad natural del sexo femenino,(27) poco compatible con su nueva función de educadora y garante de la moralidad familiar que le asignaba el cristianismo. Así, propuestas aparentemente contradictorias, desde la deidad esquivada y la mujer fuerte o la perfecta casada, se fueron acercando a la materialidad del presente y adquiriendo formas concretas que quedaron plasmadas en una serie de propuestas iconográficas tan reiterativas como insistentes.

En los ambientes cortesanos la familiaridad con ciertos personajes bíblicos, o de la historia antigua, era algo habitual y respondía a un cuidado programa educativo en el que cada estado y condición debían quedar perfectamente diferenciados. Así, un conocido pintor y tratadista español de mediados del siglo XVII, Palomino, que recoge en su obra *Museo pictórico* indicaciones precisas para adecuar las ideas al lugar donde debían quedar ejecutadas, recomendaba que:

"si fuese el sitio que se ha de pintar habitación de damas, debe huirse totalmente de las fábulas, buscando

²⁴.- En la hagiografía interesa más que los acontecimientos, el héroe, o el santo, cuyo protagonismo se refuerza a través de estudiados recursos literarios. Una interesante contraposición entre *exemplum* y *preexemplum* en J. Le GOFF, "Vita et pre-exemplum dans le 2 livre des Dialogues de Gregoire le Grand", en *Hagiographie, Cultures et Sociétés. IV-XII siècles*, París, 1981, pp. 110 ss.

²⁵.- J. L. VIVES, *De la Mujer Cristiana*, edic. Madrid, 1947, p. 989.

²⁶.- Fray Luis de LEÓN, *La perfecta casada*, loc. cit. p. 221.

²⁷.- Otra interpretación complementaria en M. A. DURAN, "Lectura económica de Fray Luis de León", en *Nuevas perspectivas sobre la mujer*, Madrid, 1982, pp. 259 ss.

siempre asuntos nobles, decorosos, honestos y ejemplares. Para lo cual hay gran copia de mujeres ilustres en las sagradas letras: como una Ester, una Abigail, Débora, Jael, Micol, Judit y otras muchas. Y de letras humanas hay mujeres constantes y valerosas como Cleopatra, Artemisa, Porcia, Lucrecia y de las santas, las Isabeles de Hungría y Portugal, además de otras ejemplares matronas".(28)

La relación no es original e indica una selección muy similar a la que nos ofrecen otras fuentes literarias, pero tiene el valor de estar respaldada por una propuesta visual que, sin duda intensificaba su efecto. Las visualizaciones de figuras mitológicas casi siempre se atenían a las prescripciones establecidas por los tratadistas, mientras que las de damas ilustres bastaba que observaran la actitud o postura "más proporcionada a la expresión del asunto", aunque atendiendo siempre a la "honestidad y decoro",(29) ya que debían estar imbuidas de la pedagogía de la fidelidad, la nobleza o la prudencia que emanaba de la representación de su historia. El pintor consideraba inconveniente tener retratos de amantes o de mujeres célebres por su hermosura, o incluso de "madamas sobresalientes en calidad", tal y como era costumbre en el resto de Europa, no porque aquí no las hubiera, sino por escrúpulos de pundonor y considerar conveniente tratar esta materia "con diferente recato". La representación de religiosas, sin duda oportuna, debía, sin embargo, reservarse para los conventos, ya que sus enseñanzas más significativas apenas podían aprovechar fuera del claustro.

En un caso como en otro, se trata de retratos estereotipados cuya fisonomía debía servir más que para singularizar el sujeto, para universalizar la enseñanza de sus virtudes, porque en definitiva lo que se pretendía era el elogio de un tipo de vida, más que de una mujer concreta. De la misma manera que, entre las diosas, Juno iba siempre acompañada por un pavo real, y Venus aparecía con la concha de nácar, o con un lucero sobre su cabeza, las mujeres de la Biblia eran fácilmente reconocibles por el vestido y los objetos que las acompañaban. Así Judit solía llevar coraza y espada, Jael un clavo, mientras que Rut, ataviada de labradora, llevaba un manojo de espigas, y Raquel, una zagala, se acompañaba de corderos.(30) Pero el

²⁸.- PALOMINO, *op. cit.* cap. IV, p. 651.

²⁹.- *Ibidem*, p. 109.

³⁰.- *Ibidem*, pp. 705-707.

reconocimiento no terminaba allí, ya que, junto a estos elementos individualizadores, que a veces adquirirían un carácter simbólico más complejo,⁽³¹⁾ aparecían otros cuyo mensaje se reducía a ser una simple ilustración de la condición de mujer. Los ejemplos son bien conocidos, desde la identificación del mito de la fidelidad de Penélope en la tejedora y en la repetida inscripción funeraria *Domi mansit lanam fecit*, a la mujer fuerte del libro de los *Proverbios* que hila por la noche a la luz de las luciérnagas, a quien Salomón compara con "un navío de mercader bastecido y rico".⁽³²⁾

Por las mismas razones didácticas, también las santas canonizadas, vestidas con frecuencia a la moda de la época,⁽³³⁾ solían ir acompañadas de los símbolos de sus méritos más destacados, ya fueran estos genéricos, como la palma del martirio, o más específicos, como la rueda de Santa Catalina o los ojos de Santa Lucía. Cuando no pertenecían a esta categoría, solían expresarse sus capacidades más significativas a través de otro tipo de materializaciones, como fueron el libro, o la pluma, en el caso de Santa Teresa, así como por alguna alusión inequívoca a las funciones "propias de su sexo", como era una labor o un cestillo, o bien el huso y la rueca. No es una casualidad, ya que entre los numerosos preceptos y avisos que los tratadistas de los siglos XVI y XVII dirigen a las mujeres, destaque por su especial insistencia la práctica de estas actividades, que sintetizan y resumen todo un programa de vida. Así lo había expresado Erasmo, en su coloquio *El abad y la erudita*, y así lo repiten entre nosotros Vives, Guevara, Huarte de San Juan, o Fray Luis de León:

"Y demás desto, si la casada no trabaja ni se ocupa en lo que pertenece a su casa, ¿qué otros estudios o negocios tiene en que se ocupar?"⁽³⁴⁾

En las *Epístolas morales*, Guevara, insiste en la necesidad de ejercitar unas funciones determinadas, siguiendo también, casi al pie de la letra, el pasaje de la mujer fuerte del libro de los *Proverbios*:

³¹.- Estos símbolos en gran medida tienen relación con la Virgen María.

³².- Fray Luis de LEÓN, *La perfecta casada*, loc. cit. p. 222.

³³.- Lo cual era, según Villegas, faltar "a la verdad y al respeto", *Flos sanctorum*, edición 1778, p. 495.

³⁴.- Fray Luis de LEÓN, *La perfecta casada*, loc. cit. p. 226.

"¡Qué placer es ver a una mujer levantarse por la mañana, andar revuelta, la toca desprendida, las faldas prendidas, las faldas alzadas, sin chapines en los pies, riñendo a las mozas, despertando a los mozos y vistiendo a sus hijos! ¡Qué placer es verla hacer su colada, lavar su ropa, ahechar su trigo, cerner su harina, amasar su masa, cocer su pan, barrer su casa, encender su lumbre, poner su olla y después de haber comido, tomar su almohadilla para labrar o su rueca para hilar!"(35)

Como contrapartida a tanta laboriosidad, "arrojar la rueca" resulta ser la prueba evidente de la pérdida femenina y el símbolo de su decadencia moral.(36) Con ser representativos, estos ejemplos no son únicos, ya que el uso de la contraposición masculino/femenino, como representación de relaciones sociales, estuvo muy difundido en el mundo moderno, debido a su gran fuerza expresiva que se veía acentuada por la representación del desorden que provocaba cualquier alteración del sentido de esta relación.(37)

V. Los ejemplos históricos

Con ser estas representaciones tan expresivas como didácticas, su propuesta, medida y estética, resultaba demasiado culta para provocar entusiasmo, por lo que, en ocasiones, el personaje concreto se adueñaba de la idea, la llenaba de vida y surgían los grandes santos y santas del barroco, figuras populares cuyo patronazgo se buscaba, igual que se extiende su nombre, y cuyo ejemplo, al responder a las condiciones del presente, se multiplica a través de un sinfín de devotos imitadores.

Es curioso el escaso número de santas doncellas o de penitentes que encontramos durante la edad moderna. Y es que, entonces, la virginidad tiene su cauce natural, que es el convento, y el martirio, o

³⁵.- Fray Antonio de GUEVARA, *Epístolas familiares*, fol. 198.

³⁶.- Queriendo demostrar la corrupción de María Egipcíaca y su vil oficio, Pérez de MOYA escribe: "arrojó la rueca que tenía en sus manos, como cosa ya impertinente y corrió al mar", *op. cit.*, cap.4.

³⁷.- La imagen del mundo al revés que también comentara N. Davis tiene una larga e importante tradición vigente en estos siglos en buena parte de la geografía española que celebra con la particular inversión del mando la fiesta de Santa Agueda, la patrona de las mujeres.

el heroísmo extremo, resultaba casi excepcional.⁽³⁸⁾ Por el contrario, los otros prototipos, el de la casada y la fundadora, que se adaptaban mejor a los usos sociales de aquellos siglos, van a multiplicarse de acuerdo con dos modelos de vida tan significativos como fueron el de Santa María de la Cabeza y el de la madre Teresa de Jesús.

En una sociedad mayoritariamente campesina, en la que proliferaban los arbitrios, la devoción a un intermediario de la misma devoción no podía por menos de arraigar, sobre todo si la santidad iba unida a la condición de cristiano viejo, tan preciada por quienes no tenían otros títulos. Y este fue el caso de los santos madrileños San Isidro y Santa María de la Cabeza y la clave del éxito de su culto. Hasta entonces, el santo labrador había sido considerado como "santo extravagante", es decir de los que no estaban beatificados ni entraban en el rezo común, y algunos autores ni siquiera nombraban a su mujer.⁽³⁹⁾ La tradición le había ido revistiendo de unos rasgos excesivamente contemplativos que, a comienzos del siglo XVII, convenía claramente contrarrestar, y para ello nada mejor que el contrapunto de la figura de su esposa, que humanizaba el personaje y diversificaba el ejemplo moral, atribuyendo a uno la salvaguarda de las cosechas y a otra la protección de la prole y del predio familiar. Además, en pleno clamor contra la despoblación, servía de ejemplo a cuantos pretendían santificarse dentro del matrimonio. Pero no nos engañemos, para los teólogos tridentinos la superioridad del célibe sobre el casado era tan clara que solventaban el litigio entre utilidad social y bien moral recurriendo a la fórmula transaccional de la "separación de mutuo acuerdo" a que normalmente llegan las devotas parejas, después de contribuir a la propagación de la especie. Así lo hacen los santos labradores, y así prepara en vida su viudez María de

³⁸.- Pérez de Moya, por ejemplo, después de una larga enumeración de santas antiguas, cita a "una española que poco ha martirizaron en Jerusalén". Se trata, dice, de una peregrina que obtuvo del Papa permiso para viajar allí, donde empezó a predicar, siendo quemada por los turcos en el propio monte del Calvario. El relato llegó a través de los jesuitas a Roma y allí tomó forma escrita por mano del P. Diego de Herrera en 1579. J. PÉREZ DE MOYA, *Varia historia de santas e ilustres mujeres*, Madrid, 1583, lib. I, cap. 1, p. 66.

³⁹.- Este es el caso de Juan Basilio SANCTORO, autor de *Hagiografía y vida de los santos del Nuevo Testamento* (Bilbao, 1585). En cambio Villegas en la tercera parte de *Flos sanctorum*, impresa en 1588 los introduce, publicando en 1592 una *Vida de San Isidro Labrador*.

la Cabeza, elevada a los altares en 1622.(40) El ejemplo no dejó de cundir, como prueba la historia de Francisco Coronel y Catalina de Arana, que no sólo se retiraron del mundo, sino que ingresaron en sus respectivos conventos acompañados de sus hijos.(41)

La discusión que precedió a la canonización de Santa Teresa contribuyó a difundir extraordinariamente el modelo de su vida y de sus obras. Monja y reformadora, encarna también el modelo bíblico de la mujer fuerte y excepcional, comparable a Judit y a Débora.(42) Declarada "cristiana vieja" y de noble linaje, y propuesta como copatrona de España, junto con el Apóstol Santiago,(43) resultó ser el ejemplo más claro de que si el temperamento es viril, poco importa el condicionamiento del sexo, tal y como sostiene la bula de Gregorio XV: "se ha elevado por encima del propio sexo por la grandeza de su alma".(44) Virtudes heroicas, milagros, limpieza de sangre, honra y *cursus honorum* conforman la biografía que de ella realizan los Padres Ribera y Yepes en 1606,(45) aunque la oposición de los santiaguistas será tan fuerte que el patronazgo efectivo no será proclamado hasta las Cortes de Cádiz.(46) La demora en este honor, no impidió sin

⁴⁰.- Nicolás Joseph de la CRUZ, *Vida de San Isidro y Santa Maria de la Cabeza*, Madrid, 1790.

⁴¹.- Se trata de los padres de Sor María de Agreda, que "disolvieron" así su matrimonio en 1619. Con Doña Catalina, que fundó un convento en su propia casa, se quedaron dos hijas, y con D. Francisco tomaron los hábitos franciscanos los dos varones. Véase F. SILVELA, *Cartas de la venerable madre Sor Maria de Agreda*, Madrid, 1888, "Bosquejo histórico"; y C. SECO SERRANO, *Cartas de Sor María de Agreda*, B.A.E., t. CVIII-CIX.

⁴².- Aunque se refiera a otra religiosa, la obra de Fr. Miguel GONZALEZ VAQUERO, *La mujer fuerte. Por otro título Vida de Doña María Vela, monja de San Bernardo en el Convento de Santa Ana de Avila*, Barcelona, 1640, refleja bien esta trasposición de modelos.

⁴³.- Sus detractores, como F. de QUEVEDO (*Memorial por el Patronato de Santiago*, B.A.E., t. XXIII, p. 225), resaltaron lo arriesgado, de "Encomendar al sexo de mujer parte de la invocación en las batallas", mientras que los defensores, se apoyaron en Santa Eulalia y Santa Margarita, invocadas respectivamente con éxito por los catalanes y los húngaros.

⁴⁴ *Relación sencilla y fiel de las fiestas que el rey don Felipe IV nuestro señor hizo al patronato de sus reinos de España Corona de Castilla que dio a la gloriosa virgen Teresa de Jesús*, Madrid, 1627.

⁴⁵.- D. de YEPES, *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús*, Zaragoza, 1606; y F. de RIBERA, *La vida de la Madre Teresa de Jesús*, Salamanca, 1590.

⁴⁶.- Sobre este y otros aspectos del culto teresiano, G. DI FEBBO, *La santa de la raza*, Barcelona, 1988.

embargo que el modelo de su vida conformara las biografías de la mayor parte de las religiosas "fundadoras" del siglo XVII. Y lo hizo de una doble manera: reforzando su carácter intelectual y su dedicación a las letras y resolviendo en favor de la ortodoxia y la obediencia, las dudas que su excesivo misticismo podía despertar. La nueva doctora de la Iglesia sirvió de ejemplo para que las religiosas, por propia iniciativa o por consejo de sus confesores, escribieran autobiografías e incluso intentaran aventurarse en alguna otra obra de mayor alcance teológico.(47)

Mística, visionaria y beata, sor María de Agreda debió su fama no tanto a los dones espirituales, como a una intervención política que despertó gran recelo en su tiempo y opinión controvertida entre los historiadores posteriores, que unas veces la han considerado como una embaucadora inconsciente, juguete de la facción enemiga de Olivares, y otras como una santa dotada de asombrosa clarividencia, ajena a cualquier intriga.

Con independencia del juicio, sus cartas, que sin duda habría que enmarcar dentro del género arbitrista, por la forma y el contenido, son un reflejo perfecto de la importancia de la escritura como forma de relación de la época y de una sabia combinación de sentimientos, intereses particulares y asuntos concernientes al conjunto de la Monarquía. Y frente a lo razonable de su pensamiento escrito, su vida, jalonada por lo maravillosa, es un ejemplo perfecto de la hagiografía del barroco y de confusión entre figura histórica y modelo.(48)

Como en los casos de santidad, la mayoría de las figuras del pasado que se proponen como modelos seculares no son más que aproximaciones problemáticas a una realidad pretendidamente histórica, reconstruida sobre un cúmulo de datos bastante falaz, suma de casos y cosas heteróclitas y dispersas, que se subordinan a un objetivo moral. Es curioso que las mujeres que pasaron a la historia, ya lo fueran por sus virtudes reconocidas, por su obra literaria o por su protagonismo político, pertenezcan todas ellas a un determinado prototipo, el de la mujer varonil, único compatible con el ejercicio del poder y la

⁴⁷.- Un modelo alternativo puede encontrarse en la obra de Alonso de ANDRADE, *Vida de la gloriosa virgen y abadesa Santa Gertrudis*, Madrid, 1663. Otros interesantes testimonios pueden encontrarse en la obra ya citada de Serrano y Sanz.

⁴⁸.- Fray José XIMENEZ SAMANIEGO, *Relación de la Venerable Madre Sor María de Jesús de Agreda*, Amberes, 1755. La edición de sus cartas, sobre la base de las publicadas por Silvela y Seco es debida a C. Baranda (María de Jesús de AGREDA, *Correspondencia con Felipe IV*, Madrid, 1991).

consecución de la fama. Si de Teresa de Avila se destacaba, por ejemplo, "que fue mujer en lo que pudo importar y varonil en lo que convino",⁽⁴⁹⁾ lo mismo se decía para alabar a Margarita de Austria que "con destreza y saber varonil" gobernó Flandes en tiempos difíciles.⁽⁵⁰⁾ Esta y otras conocidas mujeres de la dinastía austríaca, junto a ejemplos anteriores, como los de Sancha de Navarra o Doña Urraca, permiten a María de Guevara afirmar sin ningún rubor que "el gobierno de la mujer a veces suele ser mejor que el de muchos hombres", y que, por tanto, su memoria también debe perdurar.⁽⁵¹⁾ Entre las contemporáneas se destacan sobre todo las reinas católicas, como María Tudor y sobre todo Ana de Austria, regente de Francia, cuya firmeza sirve además para alabar la conducta de otra regente, Doña Mariana de Neoburgo. Pero si de personajes hablamos, y de personajes ilustres, no cabe duda que el más celebrado, y el más repetido, fue sin duda alguna el de Isabel de Castilla. Su fama literaria fue además muy temprana. Princesa todavía, en su honor escribió Fray Martín Alonso de Córdoba el *Jardín de las nobles doncellas*,⁽⁵²⁾ y cuando años más tarde el tesorero Morales tradujo, por encargo suyo, el *Llibre de les dones* de Eiximenis,⁽⁵³⁾ su figura quedó incluida, junto a otros personajes de la época:

"Era mujer muy aguda y discreta y sabia, lo cual vemos raras veces transcurrir todo junto en una persona... Era muy católica y devota: hacia grandes limosnas en lugares debidos y a mujeres viudas y de linaje, siendo necesitados y pobres les hacía limosnas".⁽⁵⁴⁾

⁴⁹.- *Relación sencilla y fiel*, Sermón de Francisco de JESUS, f. 47.

⁵⁰.- J. PEREZ DE MOYA, *op. cit.*, lib. II.

⁵¹.- *Desengaños de la Corte*, cap. II.

⁵².- Publicado en B.A.E., t. CLXXI. La primera edición es de 1500 y la segunda de 1542.

⁵³.- La primera traducción castellana se hizo en 1492 y la segunda con ocasión de la edición de Valladolid de 1542. Un interesante comentario en María PALACIOS, "Tres creadores de modelos ideales de mujer en el renacimiento español: Martín Alonso de Córdoba, Francesc Eximenis y Diego Perez de Valdivia", *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, Madrid, 1989, vol. II, pp. 137-147.

⁵⁴.- Cit. por V. RODRIGUEZ VALENCIA, *Isabel la Católica en opinión de españoles y extranjeros*, Valladolid, 1976, t. I, p. 311.

El encendido elogio de Pérez del Pulgar,⁽⁵⁵⁾ inicia un proceso significativo ya en el siglo XVI, que Vives, Luxán, Mexía y Diego Pérez de Valdivia corroboran en sus respectivas obras, estableciendo siempre una relación entre su laboriosidad y sus altos valores morales, poniéndola como ejemplo de aquellas mujeres que hacen remilgos a la hora de trabajar con sus manos.⁽⁵⁶⁾ Pero es Pérez de Moya quien mejor ilustra el progresivo desdoblamiento del personaje en dos modelos: el de la heroína de temple varonil, que arenga a los soldados y asiste a la batalla, y el de la esposa, mujer sensible, preocupada, de las que reflexionan y enjuician la conducta masculina con criterios diferentes, cuando no poco ortodoxos. En la imagen histórica de la reina se combinan elementos que proceden de otras majestades, algunas del mismo nombre, elevadas ya a los altares, como Isabel de Portugal, infanta de Aragón, promovida a los altares bajo su reinado, aunque beatificada en 1516 y santificada diez años más tarde.⁽⁵⁷⁾ Igualmente en la evolución del personaje tiene gran importancia la contraposición con la otra Isabel, la de Inglaterra, que al personificar la mujer casi diabólica, de temple varonil, "vergüenza de su propio sexo", escribirá Ribadeneira, que obligará a feminizar el personaje de la castellana.⁽⁵⁸⁾ Promovida a modelo de mujeres, como Santa Teresa, con quien la comparará Palafox y Mendoza,⁽⁵⁹⁾ desde entonces va perdiendo progresivamente su cetro en favor del hilado y trocando las dotes de gobierno en virtudes domésticas.

Muy alejadas de todos estos ejemplos, también existieron, sin embargo, verdaderas mujeres varoniles, que suplantaron, deliberadamente, la identidad masculina y vivieron de acuerdo con sus reglas. Las peripecias trágicas de estas vidas cambiadas, más o menos verídicas, tuvieron su reflejo en un personaje de gran tradición en el teatro barroco, el de la mujer vestida de hombre, versión literaria de un fenómeno real que aparece en toda Europa desde finales del siglo

⁵⁵.- Hernando del PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, edición Madrid, 1940. Según este biógrafo, el dominio de la reina sobre sí misma era tal que podía disimular "hasta el dolor en la hora del parto".

⁵⁶.- J. L. VIVES, *Formación de la mujer cristiana*, loc. cit. p. 994.

⁵⁷.- Sobre esta santa, A. MUÑOZ FERNANDEZ, *Mujer y experiencia religiosa en el marco de la santidad medieval*, Madrid, 1988.

⁵⁸.- P. RIBADENEIRA, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra* (B.A.E., t. LX, p. 234).

⁵⁹.- J. PALAFOX Y MENDOZA, *Obras Completas*, vol. VIII: "Notas a las Cartas y Avisos de Santa Teresa", Madrid, 1762, f. 49.

XVI y que se prolonga hasta comienzos del XIX.⁽⁶⁰⁾ A partir de entonces, el modelo se acaba, ya que aunque las circunstancias obliguen a adoptar el vestido varonil, esto nunca hace incurrir en error respecto a su verdadero sexo.

En España el caso más interesante, o al menos el más conocido, fue el de Catalina de Erauso, la monja alférez, cuya vida transcurre entre 1592 y 1635 aproximadamente.⁽⁶¹⁾ Escapó de un convento disfrazada de hombre y llegó a América, donde se alistó y combatió valerosamente, hasta que fue herida y tuvo que confesar su identidad. Penitente y arrepentida, fue recibida por Urbano VIII quien le autorizó a seguir vistiendo de varón. Nombrada alférez volvió a América donde sus trazas desaparecieron. Escrita o no por su propia mano, en 1625 apareció una autobiografía, a la que se ajustaron, con mas o menos fidelidad, los relatos posteriores y algunas otras narraciones de sucesos parecidos, inspirados en su vida. Emulas de las Amazonas, pero sin su misterio, estas mujeres, que ocultan su identidad, provienen casi siempre de estratos sociales bajos, y hacen del disfraz un medio de supervivencia. Aunque ignoremos los motivos reales de su comportamiento, lo interesante es comprobar que éste nunca llega a inspirar sospechas respecto al sexo ficticio que adoptan, y que gracias a su decisión y valentía logran superar el rechazo social, llegando a servir de ejemplo para los hombres, pero nunca para el resto de las mujeres.

VI. Conclusiones

En la cultura de la Edad Media se mantuvo intacta la idea de la época clásica de que la mujer era el más lascivo y desordenado de los dos sexos, el más inclinado naturalmente hacia el mal, y que a los hombres correspondía imponer orden y la moralidad a sus reiterados excesos. A lo largo del siglo XVI y en la centuria siguiente, esta opinión quedó reforzada por una visión pesimista de la evolución de las costumbres y de la sociedad en general, que hacía de sus "inoportunidades" y "desatinos" un signo más de la decadencia del presente. Sin embargo, en el siglo XVIII, se produjo un cambio espectacular y las mujeres fueron consideradas inocentes y puras, aunque débiles, mientras que los hombres veían frecuentemente

⁶⁰.- Hasta 119 casos de este tipo ha documentado Lotte C. VAN DE POL, *The Tradition of Female Transvestism in Early Modern Europe*, London, 1989.

⁶¹.- El mejor estudio es el de J. I. TECHECHEA, *Doña Catalina de Erauso. La monja alférez*, San Sebastián, 1993.

justificada su conducta en los condicionamientos naturales de su propio carácter. La historia de este espectacular cambio no es ajena a las cuestiones que estoy esbozando aquí, ya que ni los arquetipos, ni los ejemplos son gratuitos, y su transformación va marcando el proceso de evolución entre una y otra concepción. La redefinición de lo femenino, su sujeción a las normas de lo conveniente, la invención, en fin, de una categoría que justifique racionalmente un orden quebrado, dio lugar a muchos debates y teorías sobre la desigualdad o la jerarquía de los sexos y ayudó a conformar una gran falsificación histórica.

Similares, aunque diferentes, activos o pasivos, los arquetipos y los ejemplos concretos que llevan nombre de mujer son todos ellos modelos literarios que no reflejan la realidad sino que quieren cambiarla y que, sin embargo, son los que aparecen en la historia cuando en ocasiones, pocas, se le da la palabra. Aunque, para quien sabe mirar, no es difícil percibir, detrás de la renuncia al mundo, o de los comportamientos fuera de lo común, la realidad del conflicto que da fuerza a la vida de tantas *Mujeres desengañadas*, que, como las protagonistas de las novelas de María de Zayas, conocieron de cerca la trampa de la debilidad aparente e intentaron defenderse de ella:

"!Ea, dexemos las galas, rosas y rizos, y volvamos por nosotras: unas con el entendimiento y otras con las armas! Y será el mejor desengaño para las que hoy son y las que han de venir".(62)

Porque frente a lo que muchas veces se dice, que las fuentes ocultan la dimensión del género, en mi opinión sólo lo confunden, inventando una tradición, un orden y unos límites.

M. VICTORIA LÓPEZ-CORDÓN
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: *La autora localiza dentro de la literatura social y religiosa barroca, las varias caracterizaciones de lo femenino que se ofrecen en*

⁶² - María de ZAYAS, *Novelas amorosas y ejemplares*, Madrid, 1948, vol. II, p. 178.

ese tiempo. Afirma que dichas caracterizaciones se inspiran en determinadas tradiciones literarias y obedecen en gran medida a propósitos retóricos, pero que a la vez traslucen los prejuicios sexistas de la época.

Summary: *The author places into social and religious baroque literature the several contemporary characterizations of feminine. López-Cordón affirms that those characterizations were inspired by fixed literary traditions and that they arose from rethoric purposes which reflected the sexist contemporary prejudices.*